

Sandra Comino

Navidad Blanca

Así en la tierra
como en el cielo

Lecturas
en acción

PLAN NACIONAL DE LECTURAS

Coordinación: Natalia Porta López

Edición: Teresita Valdettaró

Diseño y diagramación: Elizabeth Sánchez

“Navidad Blanca” de Sandra Comino

En *Piedra Libre* (Antología), Ediciones Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, 2006.

“Así en la tierra como en el cielo” de Sandra Comino

© 2008, Editorial Sudamericana

Ministerio de Educación de la Nación

Plan nacional de lecturas

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

plannacional.lecturas@educacion.gob.ar

República Argentina, octubre de 2021



Texto publicado por el Plan Nacional de Lectura en el marco de la colección “Escritores en escuelas”, 2008

Navidad Blanca

Sandra Comino

Papá Noel descansaba en un sillón rojo, con una bolsa roja en sus manos. El viento y la nieve -fabricados-, adentro del shopping, golpeaban la barba del gordo señor que exclamaba: ¡Jo! ¡Jo! ¡Jo!.... Mamá, papá, mi hermanita y yo llevábamos una hora parados en la cola para sacarnos una foto con él.

El castillo de Papá Noel, con él adentro, los renos y la música navideña nos transportaron a “otros lugares” en el más estricto sentido de la palabra. Era como estar en otro país, en otro clima, rodeado de magia y seducción. Mamá aseguró que “eso” era un negocio, que cinco pesos por una foto era un robo; pero papá reflexionó de inmediato que valía la pena porque, en definitiva, un porcentaje de lo recaudado -según el cartel-, iba en beneficio del hospital y, por lo tanto, el deber “era” colaborar.

–¡Qué lindo es esto! –expresó una señora rubia, que estaba adelante nuestro en la fila, al observar el espectáculo viviente de Papá Noel–, aunque me quede sin dormir, esta noche le saco a mis nenes una foto con Santa Claus.

La señora rubia tenía seis chicos y una niñera. Ninguna de las dos podía controlar a esos mocosos.

–Santa Claus no les va a dejar nada si se portan mal –dijo la señora rubia mientras marcaba un número en su celular y al mismo tiempo repartía su mirada entre los chicos.

–Este Santa, no es el verdadero –afirmó uno de los más grandes. Y la madre sin mirarlo le contestó:

–Sí, tenés razón, no lo es; pero seguro que le cuenta todo al otro. Así que les conviene portarse bien. Santa es un señor que tiene representantes en todo el mundo y eso es como estar en mil lugares al mismo tiempo observando a los niños del universo.

El shopping estallaba de gente. Un joven, de largos cabellos,

vestido con una remera que tenía estampada la marca del rollo de fotos que usaba el fotógrafo de Papá Noel, pasaba por la fila de gente y vendía gomas para el pelo, moños, peines y toallas húmedas. Cuando terminó la tarea, se paró delante de la señora rubia y dijo:

–Cortamos acá. En una hora volvemos.

–¿Cómo en una hora? –dijo mamá y se puso roja.

–¿Qué hago con los chicos una hora? –dijo la señora rubia.

Miré a Papá Noel, lo vi sin fuerzas. Había estado todo el tiempo bajando y subiendo chicos que le vomitaban el traje o le pegaban el chupetín en la barba. Él le ofrecía caramelos, que sacaba de la bolsa roja, con la sonrisa intacta y él ¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! Tan de película. La gente protestaba.

–Un poco de humanidad señores, es de noche y Papá Noel está en ayunas, se va a tomar algo y vuelve –gritó el joven ante la batahola de protestas.

–¡Encima que uno ayuda con esto! –protestó mamá, se sentó y nos preguntó si queríamos la foto. Le dijimos que sí.

–Entonces se acomodan y no se mueven y si una de las dos se porta mal no hay foto.

–Si no obedecen se quedan sin comer –remató papá y nos quedamos más duras que los renos que estaban hechos de yeso o algo así y pintados, en la punta del castillo. Las luces de colores se prendían y se apagaban. En verdad yo estaba grande para eso, pero fue por mi hermana que acepté la foto.

La señora rubia, no se movió, los hijos se le dispersaban. A la más chiquita, cuando se alejaba, la niñera la agarraba de una trenza para traerla hacia ella, la otra nena lloraba y pateaba al hermano, que también gritaba y se tiraba al suelo, y éste molestaba al otro que se agarraba del pantalón del más grande que tenía a uno de los más chicos de la mano y si el se caía, se caían todos.

Voltearon la soga que nos separaba del resto del shopping, los paseantes nos miraban, clavaban la vista en el castillo y algunos se acoplaban a la cola para la foto. Muchas, pero muchas

madres, se querían colar en la fila. Hacía dos horas que esperábamos para retratarnos con Papa Noel y cada vez que alguien intentaba meterse sin respetar el orden, mamá decía: "Aquí no hay preferencias y nadie tiene coronita".

Nosotras moríamos de sed, hambre y sueño. Rogaba que Papá Noel volviera lo más pronto posible.

Los seis chicos se portaban muy mal. Pegaban chicles en el piso y los pisaban. Se le escapaban a la madre y subían más de lo permitido en los escalones del castillo. El castillo iluminado de Papá Noel se bamboleaba y para mí de a poco perdía la magia, porque de tanto estar ahí y observarlo descubrí que era de madera, que el viento salía de un aparato y la nieve también. Los recién llegados nos preguntaban por Papá Noel. La señora rubia, sin dejar de hablar por teléfono, les pegaba con la cartera celeste en la cabeza a sus hijos descontrolados, los pellizcaba y les decía que si seguían así se iba; pero se quedaba.

La chica que cobraba los cinco dólares por foto aceptaba resignada las protestas y la gente la amenazaba con hacerle juicio, demandarla si Papá Noel no llegaba. La señora de atrás quería a toda costa el número de celular de Papá Noel. Gritaba que ella era asesora de no sé quién, de no sé dónde y que no podía estar perdiendo el tiempo. Que por ser una ciudadana del shopping debían satisfacerla de inmediato porque había comprado muchas cosas.

La señora rubia, seguía sacudiendo las melenas de sus retoños y hablando mal de Papá Noel. La señora de atrás seguía indignada. Las dos cuando vieron que se acercaba el gordo con su traje arrugado dijeron:

–¡Ah! ¡Pero miren quién viene!

–¡Si es Santa Claus! Tenemos muchas cosas para pedirle.

Él no oyó a ninguna de las dos, porque, entre el joven custodio y la que cobraba los cinco pesos, lo metieron en el castillo, le hablaron al oído y le pusieron una luz blanca delante que hizo que cerrara los ojos.

La señora rubia estaba desquiciada. Los chicos se le iban por todos lados y gritaban que ese no era Santa.

¡Papá Noel! ¡Santa Claus! –gritaba el joven de la remera de la marca del rollo de foto que auspiciaba a Papá Noel–, esto es una verdadera Navidad Blanca.

–¿Por qué Navidad Blanca mami?

–Por la nieve, hija.

Y la nieve -que era telgopor-, seguía cayendo, hasta que se atascó el pelirrojo, uno de los seis hijos de la señora rubia, con una bolita. Todos le golpeaban la espalda y el nene se secaba las lágrimas con las manos; la tos no lo dejaba hablar.

Mi papá escuchaba la radio. La radio para él era sagrada por los partidos de fútbol. A mamá le molestaba que él no le contestara cuando ella le hablaba; pero él nunca se sacaba los auriculares y se daba cuenta de que mi mamá le había hablado por la cara que le quedaba a ella cuando él no la escuchaba.

–Cuarenta y cuatro grados de sensación térmica –dijo la voz de la radio.

¡Navidad Blanca! De pronto, el viento dejó de ser viento, la nieve no salió más del aparatito. El aire acondicionado dejó de funcionar. Se murieron las escaleras mecánicas. El shopping enfrentó Navidad Blanca con algunos problemas.

Papá Noel me miraba detrás de su traje rojo bordeado de piel blanca, la barba se le despegaba y todos le hablaban. Nos tocó el turno a nosotros. La señora rubia se fue con sus retoños. Mi hermana se sentó arriba de una pierna de Papá Noel. Él se reía todo el tiempo. ¡Hacía tanto Calor! La señora de atrás, la que antes había querido hablar con él por teléfono, decía sonriendo a sus hijos:

–Una sonrisita, una sonrisita, a prepararse –y se abanicaba con una revista.

De repente el fotógrafo nos retrató. Inmediatamente Papá Noel borró su sonrisa. El joven dijo a mamá:

–En tres horas está la foto.

Papá gritó:

–Gooooool

Mamá dijo:

–¿Cómo tres horas? ¿Cómo tres horas? ¿Qué hago tres horas acá?

–Puede ir a comer al patio de comidas señora –dijo el joven.

Papá Noel gritó:

–Gooooool

Lo miré, tenía puestos unos auriculares como los de papá.

La Navidad se instalaba poco a poco en el shopping y mamá lloraba sentada en la escalera del castillo que se bamboleaba.

–¿Tres horas? ¿Qué son tres horas señora? –decía el chico de largos cabellos, vestido con la remera que tenía estampada la marca del rollo de fotos que usaba el fotógrafo de Papá Noel mientras retomaba la venta de gomas para el pelo, moños, peines y toallas húmedas. La cola para sacarse la foto casi llegaba a la calle. El vaho y el calor del verano argentino, derretían la Navidad Blanca, lejos de París y Nueva York.

Comimos en el patio de comidas mientras la noche llegaba refrescando sólo un poco y cuando estaba por terminar mi hamburguesa vi un camino dorado en el cielo. Le pregunté a mi hermana si también lo había visto y me dijo que sí. No comentamos nada, quien pasó por el cielo fue el verdadero Papá Noel, el del shopping es de mentiritas; pero no dijimos ni una palabra, callamos... guardamos el secreto... decidimos no desilusionar a papá y a mamá.

Así en la tierra como en el cielo

Cuando la primavera irrumpía en el campo para vestir las plantas que el otoño maltrataba, los paseos se hacían más frecuentes.

Todos los sábados la nona se dirigía al pueblo para limpiar la iglesia; la llevaba Bruno, el capataz más eficaz que trabajó en la finca según ella. Las tías aprovechaban el viaje para ir a la peluquería, a los más chicos los dejaban durmiendo; Juan y yo preferíamos quedarnos con Lala, más aún cuando nos enteramos de que la nona tenía en su cuarto un cuadro de una Santa que se llevaba a los niños. Decidimos aprovechar para investigar cuando nadie estuviera en la casa.

De pronto, entendimos por qué nunca nos habían dejado visitar la habitación. La Santa se llamaba Teresita y decían que el bisabuelo Basilio había comprado su imagen después de que murió su esposa Teresa. Ese rostro recién canonizado lo impactó por tener un gran parecido a su mujer y además se llamaban igual.

Luego de que el bisabuelo murió, el cuadro fue a parar al cuarto de la nona Gregoria, quien hizo oídos sordos a eso de que se llevaba a los niños. Al tiempo quedó embarazada, nació un nene que años después falleció. Fue inevitable que culparan a la Santa y, como no se podía tirar a los canonizados, la tuvieron que poner atrás de una cortina en el hueco que quedaba entre el ropero y la pared.

“Dios no habrá querido que tuviera varones”, intentaba consolarse la nona, que siempre le buscaba a todo una explicación; sin embargo, el dolor no la abandonó.

Nosotros tuvimos la entrada prohibida a ese cuarto y siempre nos intrigó la cara que podía tener una Santa que se llevaba niños, quién sabe a dónde y para qué.

—Con cuidadito —nos dijo Lala una vez que estuvimos por entrar—, que ni se les ocurra pasar al cuarto de doña Gregoria, que allí está Santa Teresita y se los va a llevar.

Siempre lo mismo, a lo largo de los años nadie quería que la viéramos. Ni que ella nos viera a nosotros.

La única vez que observamos su rostro fue cuando Lala limpiaba la habitación y desde la reja de la ventana descubrimos cómo la estampa al mismo tiempo nos miraba. Parecía una

monja y tenía cara de joven, más que las tías.

Muchas veces, nos contaba tía María que Teresita, antes de ser santificada, tuvo una vida llena de sacrificios.

Uno de ellos, el que más me impresionaba, era que estando muy enferma vomitaba sangre e igual en ese estado se obligaba a limpiar las ventanas del colegio y su maestra le decía que soportara la fatiga, ya que Jesús había sufrido más. Ante semejante relato Juan pensaba que la pobre más que santa había sido una víctima, pero eso no se podía decir en voz alta jamás.

Cada vez que nos relataban su historia nos enterábamos de algo más. El día de su muerte, decían por ahí, algunas religiosas sintieron ráfagas de perfume a violetas sin que hubiera en ese lugar ninguna flor. Una monja vio como se elevaba una corona luminosa desde el suelo hacia el cielo y una novicia sintió cómo un ser invisible la besó.

—La verdad —dijo Juan el día que todos estaban en el pueblo—, podríamos aprovechar y sacar de allí ese cuadro.

Lala se había ido a acostar. Esperamos un rato para que se durmiera, después Juan dejó caer una moneda frente a la pieza para ver si ya se había dormido y, como no salió ni se movió, emprendimos nuestra aventura.

Entramos en el dormitorio con un par de linternas de mano. El olor a violetas vino en oleadas a nuestro encuentro. Nos convencimos de que provenía de los ramitos que la nona le dejaba a la Santa. Luego una brisa a menta nos tranquilizó. Era el mismo aroma que tenía la nona, que siempre guardaba las pastillas en los bolsillos.

También olía a jabón.

El cuarto tenía más santos que la parroquia: “San Antonio para que las tías encuentren novio, San Pantaleón para que esteemos sanitos, San Luis para protegernos”.

Además: la Virgen de Luján, la Virgen de Pompeya, la Virgen de Itatí y otras más que no conocíamos.

Sin duda la nona estaba bien acompañada: sobre la cómoda

el cuerpo estable del ejército de parientes muertos encabezados por el nono sumaba un buen número de portarretratos que se perdían entre los floreritos.

El nono también estaba en la pared, en la mesa de luz, sobre el baúl y arriba de la máquina de coser. Juan me decía que después de lo que estábamos por hacer tendríamos a todos los muertos en contra y eso era como para no estar tranquilos.

Era una verdadera falta de respeto. Para todos en la casa falta de respeto era reírse fuerte, jugar a toda hora, moverse en misa, no querer ir al cementerio. Pero esto todavía era más grave.

Estábamos por la mitad del cuarto cuando el viento cerró la puerta y quedamos a oscuras. Sentimos las miradas de una veintena de muertos y el miedo no tardó en aparecer para no abandonarnos. A Juan se le cayó la linterna y no dijo nada, yo tuve que ahogar mi grito porque seguramente Lala se hubiera dado cuenta. De acuerdo a lo planeado, él tenía que sacar la banqueta que estaba al lado del ropero, subirse a ella, descolgar el cuadro de Santa Teresita y dármele rápido para que yo lo pudiera meter en una bolsa: luego lo enterraríamos en el monte.

A la banqueta le faltaba una pata y Juan empezó a tambalearse. Yo grité y mi grito asustó a Juan, que también gritó y fue a parar al suelo. Salí corriendo y no vi el perchero de pie que me llevé por delante. Terminamos en la salita de auxilio. Nos llevó un vecino que no paraba de retornos. Nos cosieron; a Juan la frente y a mí la rodilla. Lala siguió rezongando durante el viaje de vuelta, enojadísima por su siesta interrumpida. Nos esperaba un gran castigo por meternos con quien no debimos. Las tías nos relataron cómo la palma de flores que la Santa tenía en sus manos fue hallada intacta trece años después de muerta, y nos morimos de miedo. Nos convencieron de que había sido ella quien no quiso que la sacáramos de allí.

Lala dijo:

–Crear o reventar.



Sandra Comino

Escritora nacida en Junín, provincia de Buenos Aires, que se ha desempeñado como coordinadora de talleres literarios. Es una reconocida especialista en literatura infantil y juvenil. Ganó los premios A la orilla del viento, del Fondo de Cultura Económica, en 1991, y el Premio Iberoamericano de Novela, otorgado en La Habana en 2001. Entre sus obras más destacadas pueden mencionarse: *Nadar de pie*, *La casita azul*, *La enamorada del muro* y *Así en la tierra como en el cielo*.

Leer es tu derecho

El **Plan nacional de lecturas** es la iniciativa del Ministerio de Educación de la Nación para garantizar a todos y todas su derecho a leer.

Porque leer abre mundos, el Plan distribuye libros y lecturas digitales en escuelas, bibliotecas escolares y en espacios alternativos.

Con actividades en el espacio público, convida literatura a las familias y ayuda a construir entornos sociales amigables hacia los libros y la lectura.

Ofrece formación a docentes, responsables de bibliotecas y a otros mediadores para armar una red de comunidades lectoras.

Ejemplar de distribución gratuita